

## CAPITULO LXI.

Sucesos ocurridos en el reino de Aragón á consecuencia del viaje hecho á Roma por el rey D. Pedro.—Paz de Castilla con los demás reyes cristianos.—Creación de la Universidad de Palencia.—Preparativos para la gran batalla de las Navas de Tolosa.

PASANDO por alto los primeros años del reinado de D. Pedro II de Aragón, en los cuales según vemos en las antiguas crónicas, no hizo más que arreglar algunas cuestiones que entre él y su madre D.<sup>a</sup> Sancha mediaron, y en tercer para el arreglo de Folcarquer y el de Provenza, y establecer límites con el castellano para sus respectivos territorios, llegáremos al momento en que pareciéndole al monarca aragonés que su dignidad exigía que fuese á Roma á recibir la corona de manos del Pontífice, decidíose por emprender aquel viaje.

Hasta entonces los reyes de Aragón habíanse coronado sin pompa, sin aparato de ninguna especie. Armábanse caballeros cuando cumplían los veinte años ó se casaban, y tomaban el título de reyes y el regimiento del reino.

D. Pedro introdujo esta reforma y marchó á la capital del mundo cristiano, embarcándose en Provenza con una buena armada y gran número de caballeros catalanes y provenzales.

Recibiósele en Roma con gran distinción dando principio inmediatamente á la ceremonia, siendo ungido por el obispo Pontuense y coronado por el sumo Pontífice que era á la sazón Inocencio III.

Agradecido el aragonés á las señaladas muestras de distinción que recibiera, juró obedecer siempre á su señor el papa Inocencio y á sus sucesores, ofreciendo su reino á la Iglesia romana, haciéndole censatario de ella con obligación de abonarle 250 maravedís de oro como tributo en cada año.

El Pontífice á su vez le concedió el privilegio de que los monarcas de Aragón pudieran en lo sucesivo coronarse en Zaragoza por mano del metropolitano de Tarragona, nombrando además al rey D. Pedro con falonier, ó alferz mayor de la Iglesia, mandando que en honor de la casa de Aragón, el estandarte de la Iglesia tuviese los colores de las armas reales que eran amarillo y encarnado.

D. Pedro cedió á la Santa Sede el derecho de patronato que tenía en todas las iglesias del reino, y con esto regresó á Provenza desde donde tomó el camino para sus Estados.

Una vez en ellos impuso sin excepción de ninguna clase y como indemnización de los gastos que hiciera en su viaje, un tributo llamado *Monedaje*, porque consistía en un tanto por cada moneda.

Los aragoneses que ya estaban disgustados por la renuncia del patronato, y sobre todo porque hubiese hecho al reino tributario de Roma, con el nuevo impuesto exacerbaronse mas y á la voz de *Unión*, se confederaron.

Era la primera vez que semejante frase se pronunciaba, y desde entonces se repleó mas de una, en circunstancias bien críticas, y que trajeron graves y trascendentales consecuencias.

Escusábase el monarca diciendo que su objeto no fue el renunciar los derechos del reino, que había sido solamente personal aquella renuncia, pero la oposición persistió obstinadamente no consintiendo se pagara el tributo á la Iglesia, ni que el nuevo servicio se abonase tan generalmente como el monarca quería.

Mas sin embargo ya desde entonces se introdujo un derecho llamado de coronación que se cobraba de algunas universidades y de los villanos.

Si ruidosa había sido la coronación del monarca aragonés, no lo fue menos la cuestión de su matrimonio.

Como condición para la paz ajustada con el navarro, debía casarse D. Pedro con una hermana de aquel; pero la autoridad pontificia que supo el parentesco que entre ambos mediaba, requirió á D. Sancho de Navarra para que no se efectuase el enlace y quedase esto en tal estado.

Ofreciéronle entonces al monarca de Aragón los caballeros de la Tierra Santa, la mano de María, hija de la reina Isabel y del marqués Conrado, que tan lejos había llegado la fama del esforzado D. Pedro, ofreciéndole el reino y encomendándole su defensa contra los turcos, pero mientras estas negociaciones se verificaban, el rey de Aragón casó con María de Montpellier hija única del conde Guillermo, teniendo lugar este acontecimiento en 1204, intitulándose desde entonces señor de Montpellier el rey D. Pedro.

Según los historiadores importóle muy poco al recién casado ni las buenas dotes de su esposa, ni el sagrado vínculo que á ella le unía; sin las consideraciones y respetos sociales, é inmediatamente de verificado el consorcio, separóse de la reina distrayéndose «no muy recatadamente con otras damas de Montpellier.»

Semejante proceder llenaba de indignación y de dolor á todos los magnates de la ciudad que se sentían ofendidos por la ofensa que á su señora se infería, y de acuerdo con un rico hombre aragonés D. Guillermo de Alcalá, emplearon un ingenioso ardid que todos los historiadores aseguran, incluso el mismo Ramon Montaner que alcanzó y conoció á D. Jaime el conquistador, para conseguir que el monarca recibiese en su cámara á la abandonada consorte.

Fruto de aquella «noche histórica», como la califica un historiador de nuestros días, fue mas tarde el famoso D. Jaime el Conquistador.

Mas á pesar de aquella union con su esposa y aun cuando tuvo de ella el hijo de que hemos hecho mérito, las veleidades del monarca aragonés continuaron, y sus gestiones para anular, su matrimonio con aquella dama duraron todo el tiempo que vivió y siempre le fueron desfavorables.

En este tiempo casó una hermana del rey de Aragón llamada D.<sup>a</sup> Constanza, viuda á la sazón, del rey de Hungría, con Federico rey de Sicilia, y falleció la madre de D. Pedro, D.<sup>a</sup> Sancha de Castilla en el monasterio de Sijena, fundacion de su esposo.

Mientras todos estos acontecimientos tenían lugar, la herejía llamada de los albigenses que no era otra cosa que una derivación de la de los maniqueos, progresaba de un modo extraordinario en Francia, especialmente por el Languedoc y el condado de Tolosa.

Santo Domingo de Guzman y el obispo de Osmá trabajaron con extraordinario celo para su conversión, y el papa Inocencio III publicó una cruzada, nombrándose jefe de los cruzados á Simon de Monfort.

El rey D. Pedro adoptó en esta cuestión un término medio por el cual procuraba no ponerse en lucha abierta con sus amigos los albigenses, algunos de cuyos jefes lo eran bastante, y tampoco quería romper con la Iglesia romana, sin embargo, los acontecimientos fueron mas lejos de lo que él creía, según tendríamos ocasión de demostrar.

A la par que se verificaban en Aragón los acontecimientos de que nos hemos ocupado, y que su monarca se entregaba en Montpellier á los devaneos que tanto escándalo causaban, el rey de Castilla en paz con los de Leon, Portugal y Aragón, aprovechó la oportunidad del regreso de D. Sancho de Navarra de Africa, para celebrar con él la paz que tan necesaria era á uno y otro.

El navarro que regresaba desengañado y abatido, y que se encontró con sus dominios mas reducidos por la pérdida de Guipúzcoa y Alava, procuró poner término á las diferencias que con el castellano tenía, para cuyo efecto se avistó con él en Guadalupe ajustando una tregua de cinco años que empezaron á contarse desde el 1207 en que aquella tuvo lugar.

En 1208 casó el monarca de Castilla á su hija D.<sup>a</sup> Urraca con el príncipe Alfonso, heredero de la corona de Portugal, y con este motivo pudo ya disfrutar el suelo castellano de las ventajas de una paz que tan necesaria le era.

D. Alfonso VIII, á quien no se le pueden negar á mas de las condiciones de guerrero, las de protector de las artes y las ciencias, tuvo el buen acierto de cubrir la vacante de la sede arzobispal de Toledo ocurrida por muerte del belicoso prelado D. Martin de Pisuerga, con el docto y entendido D. Rodrigo Jimenez de Rada, erudito historiador á quien mas de una vez hemos citado, y cuyos trabajos han sido de gran utilidad para el mejor conocimiento de épocas un tanto oscuras y embrolladas.

Pero sobre todo el gran monumento del rey castellano fue la creación de la universidad de Palencia en 1209, haciendo venir á ella inteligentes y sabios profesores de Francia é Italia, que unidos á los españoles, difundieron las luces de su saber, tanto en materias eclesiásticas, cuanto en ciencias, entre la multitud que se agrupaba á escuchar sus lecciones.

La necesidad había obligado al rey de Castilla á estipular una tregua con el emperador de Marruecos, la cual estaba á punto de espirar, deseándolo con viva impaciencia, pues estaba ansioso de vengar la terrible derrota de Alarcos.

Apenas hubo espirado aquella, unido á los caballeros de Calatrava, entróse por las tierras de Jaén, Baeza y Andujar, causando grandes destrozos en ellas, completando su obra al siguiente año de 1210, su hijo el infante D. Fernando que habia sido armado caballero en Burgos poco tiempo antes.

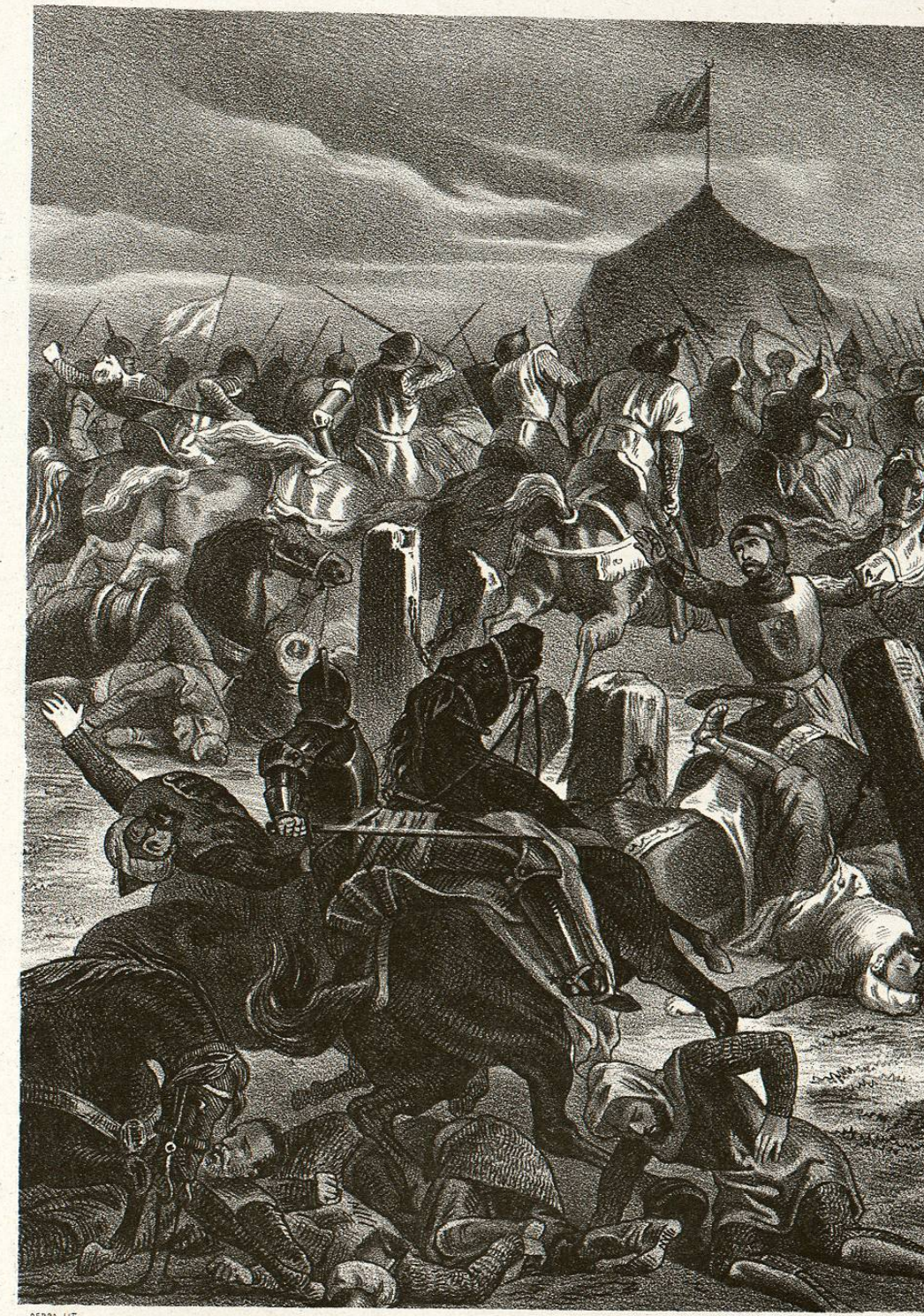
El emperador de Marruecos, furioso por estas correrías del castellano, congregó sus taifas, pasó á España y atravesando la cordillera de Somosierra, llegó ante el castillo de Salvatierra, y despues de combatirle por espacio de tres meses, se apoderó de él.

D. Alfonso no se atrevió á acudir en su socorro, pues mas prudente ya, prefirió dominar su impaciencia que exponerse á una nueva derrota, y no comenzó á reunir los materiales para la gran obra que proyectaba.

Ocupado en esto sorprendióle la muerte de su hijo, y heredero el infante D. Fernando que falleció en 14 de octubre de 1211, causando inmenso duelo en el reino, y llenando de luto el corazón de su padre.

El único consuelo que á este restaba buscóle en las grandes empresas que tenía concebidas, y para este efecto envió al obispo de Segovia á Roma, á fin de que obtuviera del papa Inocencio III su apoyo para la gran guerra que iba á emprender, y el arzobispo de Toledo fué á Francia á invitar á todos los príncipes y caballeros católicos que prestaran su ayuda al monarca de Castilla.

Todo esto hacia presagiar un gran acontecimiento, del cual nos ocuparemos con la extensión que merece, en el siguiente capítulo.



BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA



## CAPITULO LXII.

### LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

Remense los ejércitos cristianos en Toledo.—Gran número de auxiliares extranjeros acuden á reunirse á ellos.—Ejército del gran Miramamolín.—Pónense en movimiento las formidables huestes.—Abandono en que dejan los extranjeros á los reyes cristianos.—Terrible aprieto de estos, en Sierra-Morena.—Triunfo de los cristianos.

La corte de Roma á acogido con verdadero júbilo la noticia de la decision del rey de Castilla, y por espacio de tres dias se han dirigido fervorosas plegarias al Eterno para que el cielo se muestre propicio á las armas cristianas en la colosal campaña que van á emprender contra el infiel.

Solemnes procesiones, rogativas, sermones en la capital del mundo cristiano, demuestran toda la gran importancia que se da al acontecimiento que se prepara. El pontífice Inocencio III concede indulgencia plenaria á cuantos concurran á la santa empresa, y de todas partes se aprestan campeones para acudir á reforzar con sus armas la escogida hueste que se reúne en los estados de Castilla.

De igual manera conmoviase tambien toda el Africa para acudir al llamamiento, que á los buenos musulimes, hacia el Almohade Mohamed-Aben-Yusuf.

A pesar de ser ya numerosísimo el ejército que en España tenían, bajo el influjo de las predicaciones de sus sacerdotes, acudían de las mas apartadas regiones del imperio, tribus belicosas y fanáticas que inmediatamente cruzaban el mar para engrosar la formidable hueste musulmana.

El rey de Castilla reunió en Toledo á sus prelados y ricos homes, acordándose en esta reunion que la famosa ciudad tuviese la honra de cobijar las distintas banderas que acudieran á agruparse bajo el estandarte de la fe; igualmente por medio de un edicto prohibióse á los soldados, tanto de á pie como de á caballo, presentarse con joyas y preseas de valor, considerándose todo este lujo como supérfluo é indigno de los guerreros, que mas pruebas debían dar de valor, que no de riqueza y vanidad.

El arzobispo D. Rodrigo, el prelado historiador, cuya crónica de tanto nos ha servido en nuestro trabajo, dirigióse á nombre de su soberano á todos los príncipes de la cristiandad, y Francia y Alemania enviaban á coadyubar á tan noble empresa, gran número de caballeros y soldados, elevándose la cifra que componían, cerca de dos mil de los primeros y sobre diez mil de los segundos.

El rey D. Pedro II de Aragon llegó tambien con su ejército, y bien pronto se puso en movimiento la hueste cristiana á la cual habíase agregado varios caballeros leoneses y portugueses, que á pesar de la apatía é indiferencia de sus respectivos soberanos que no acudieron á la excitacion del castellano, no pudieron permanecer tranquilos cuando tan gran campaña se preparaba.

La aglomeracion de gentes de tan distintas naciones, y la soldadesca, de suyo inquieta, revoltosa y con ciertos vicios inherentes al ejercicio de las armas, habian provocado algunas tumultuosas escenas que hicieron necesaria la salida á campaña, que tuvo lugar el dia 21 de junio sin aguardar la llegada del rey de Navarra.

El primer obstáculo con que los cristianos hubieron de tropezar al tercer dia de marcha, fue con el castillo de Malagon, que tenazmente defendían los infieles.

Pero ¿quién podia detener el poderoso empuje de los confederados?

Malagon fue tomado y su guarnicion pasada á cuchillo.

Igual suerte le cupo á Calatrava, á pesar de haber defendido el cauce del Guadiana con puntas de hierro para que no pudieran pasarlo infantes ni caballos.

En esta plaza ocurrieron nuevas escisiones entre los extranjeros y los castellanos, pues aquellos querían que toda la guarnicion fuese pasada á cuchillo, mientras que estos se oponían. Al fin vencieron los segundos, y tuvieron que escoltar á los infieles despues de su rendicion hasta ponerlos en seguro, al objeto de librarlos de los ataques de aquellos.

El rey de Castilla devolvió Calatrava á los caballeros de esta Orden que ya la habian poseido, y abandonó los grandes almacenes y riquezas que en ellos habia á la hueste auxiliar que desde allí y á pretexto de los grandes calores, separóse del ejército regresando á su país, sin que fueran bastante á detenerlo ni las súplicas de los reyes ni las exhortaciones de los prelados.

Mas como si el cielo hubiese querido compensar la falta de estos ó débiles ó cobardes auxiliares, presentóse en Alarcos el rey de Navarra, á quien por su tardanza no esperaban ya, seguido de lucido ejército.

Con extraordinaria alegría supo el Miramamolín Aben-Yusuf la defeccion de los extranjeros, y creyó en virtud de ella tan segura la victoria que llegó hasta á menospreciar á los árabes andaluces, diciéndoles que sin ellos se podría pasar.

¡Cara hubo de costarle mas tarde esta presuncion!

El 12 de julio hallábase la hueste cristiana en lo mas fragoso de Sierra Morena y en una situacion sumamente critica.

Habíase apoderado de la fortaleza de Castro-Ferral, pero quedábales por franquear el paso de la Loza, posicion inexpugnable por lo enroscada y por la innumerable morisma que se escondía tras aquellos naturales parapetos.

Arriesgado era el proseguir adelante hallándose encajonado el ejército en aquellas desconsoladoras angosturas, y mas vergonzoso

y preñado de peligros retroceder ante los infieles, que se hubieran cebado en la fugitiva hueste.

En tan congojosa situacion presentóse en los reales cristianos un pastor que dijo al rey D. Alfonso que él conocia un paso por el cual todo el ejército, sin riesgo alguno, franquearia la sierra, pudiendo llegar á un sitio ventajoso para dar la batalla (1).

Con verdad habia hablado el buen pastor.

El dia 14 de junio vieron los musulmanes llenos de asombro, al ejército cristiano plantar sus tiendas en la meseta de la montaña.

Mohamed trató de provocarles á la batalla inmediatamente, suponiendo que cansados como estarian, serjale fácil vencerles, mas por la misma razon escusáronla aquellos.

Al dia siguiente ordenáronse de nuevo los infieles, pero los cristianos permanecieron inmóviles; mas á la media noche comenzaron estos á moverse, y despues de haberse preparado devotamente asistiendo al santo sacrificio de la misa, empezaron á ponerse en órden de batalla, siendo el encargado de ordenar las haces, el catalán Dalmau de Crexel.

De igual manera aprestáronse los musulmanes. La tienda del califa hallábase rodeada por diez mil negros con las lanzas clavadas en tierra verticalmente, formando un parapeto de herizadas puntas de hierro reforzado además por gruesas cadenas y mas de tres mil camellos puestos en línea.

Dentro de esta especie de fortaleza, Mahomed, con el manto que en las batallas llevaba su abuelo Abdelmumen, teniendo á sus pies su escudo, el caballo á su lado, la cimitarra en la diestra y leyendo en alta voz los versículos del Corán, esperaba, confiado en la victoria.

Terrible desengaño recibió. Aun cuando inferiores en número los cristianos, pues apenas llegarían á la cuarta parte de los infieles, cuya cifra se elevaba á mas de cuatrocientos mil, arremetieron con tal brio, que á pesar de la primera ventaja que alcanzaron los musulmanes, presto empezaron á retroceder.

Formaron los cristianos cuatro cuerpos: uno que era la vanguardia, al mando de D. Diego Lopez de Haro, que llevaba á sus órdenes á D. Lope y D. Pedro sus hijos, á su primo D. Inigo de Mendoza, y á sus sobrinos D. Sancho Fernandez y D. Martin Nuñez ó Muñoz; Pedro Arias de Toledo era el primer porta-estandarte, seguían las cuatro órdenes militares, los caballeros de San Juan con su prior D. Gutierre de Armildez, los templarios con su maestro D. Gonzalo de Ramirez, los de Santiago con su maestro D. Pedro Arias de Toledo, los de Calatrava con el suyo D. Ruiz Diaz de Yanguas; acompañaban á esta division los concejos de Madrid, Almazan, Atienza, Ayllon, San Estéban de Gormaz, Cuenca, Huete, Alarcos y Uclés. El rey de Navarra conducía el segundo cuerpo con las banderas de Segovia, Avila y Medina del Campo, y muchos caballeros portugueses, gallegos, vizcaínos y guipuzcoanos. Llevaba el estandarte real su alferes mayor D. Gomez Garcia. Capitaneaba la tercera, ó sea el ala izquierda, el rey D. Pedro de Aragon con los caballeros y prelados de su reino. Tremolando el pendon de San Jorge su alferes mayor D. Miguel de Luesia. Mandaba la retaguardia y centro, y en cierto modo el ejército entero el rey D. Alfonso de Castilla, y ondeaba su estandarte, en que se veía bordada la imagen de la Virgen, el alferes D. Alvar Nuñez de Lara. Aquí iban el venerable é ilustre arzobispo de Toledo D. Rodrigo Gimeñez, con los demás prelados de Castilla, el conde Fernán Nuñez de Lara, los hermanos Girones, hijos del conde D. Rodrigo que murió alanceado en Alarcos, D. Suero Tellez, D. Nuño Perez de Guzman con otros caballeros castellanos y las comunidades de Valladolid, Olmedo, Arévalo y Toledo (2).

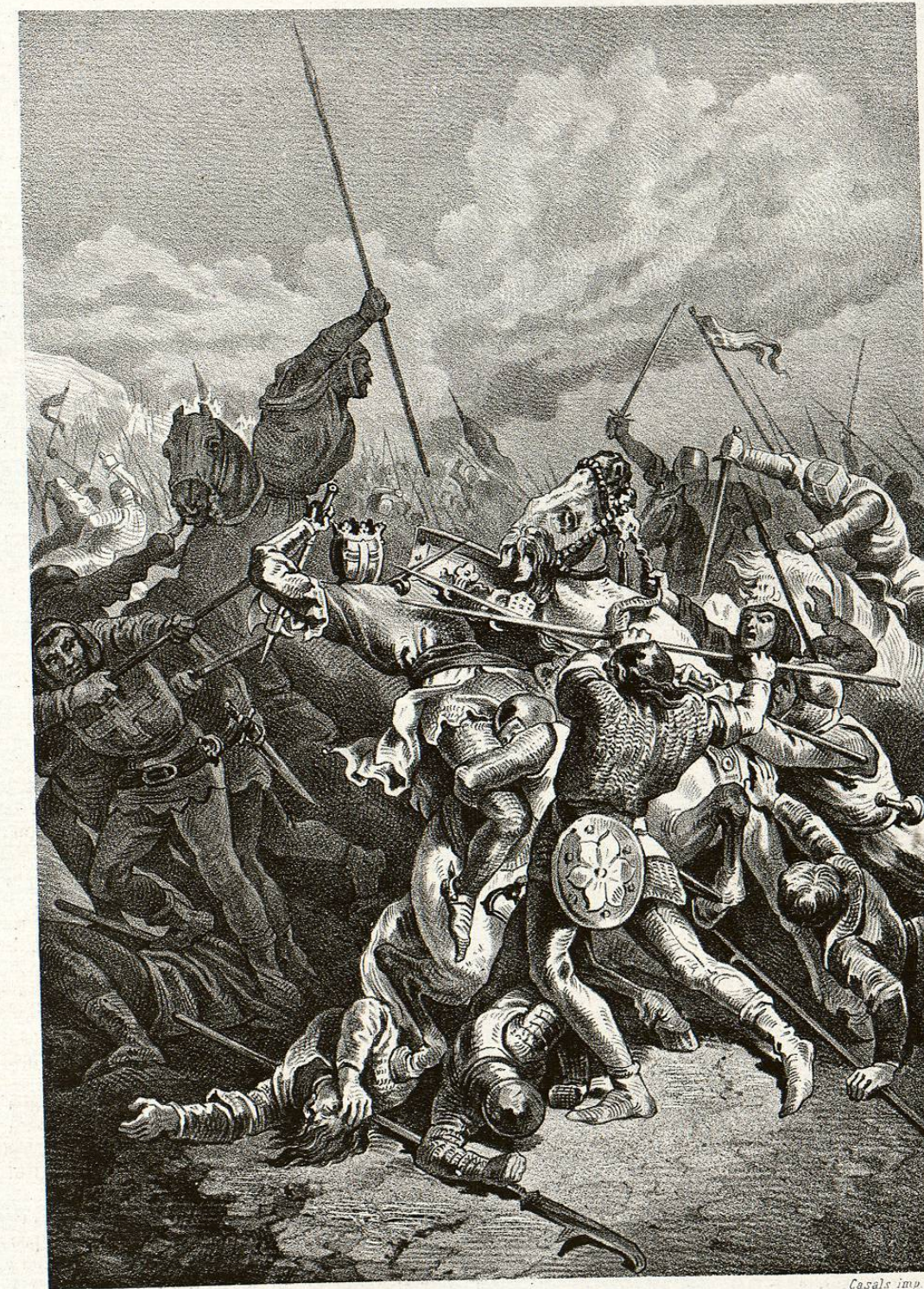
Los moros andaluces, deseando vengar el ultraje que el califa les hiciera, al recibir la órden de atacar, volvieron grupas y se alejaron del campo de batalla, y alentados con esto los cristianos y con el ejemplo de sus reyes y prelados que se habian lanzado á lo mas récio de la pelea, comenzaron á cebarse en aquella apiñada muchedumbre, poseída ya del pavor mas grande.

El formidable baluarte formado por los diez mil etiopes encadenados fue salvado por D. Alvar Nuñez de Lara, que obligó á su corcel por medio de un salto prodigioso á salvar la muralla de picas que defendía la tienda del Miramamolín, y al seguirle varios otros caballeros de la hueste, se hallaron con que el rey de Navarra habia roto la cadena por otra parte, y se hallaba ya combatiendo dentro del espeso círculo.

Mohamed-Aben-Yusuf solo tuvo tiempo para cabalgar sobre una yegua y escapar en direccion á Jaen, dejando el campo á los cristianos, que se hartaron, por mas que sea vulgar la expresion, de matanza y de botín.

(1) En alguna crónica se llama á este pastor Martin Alhaja, añadiendo que una de las señas que dió á los cristianos respecto al sendero por donde habia de conducirles, fue, que en él encontrarían una cabeza de vaca comida por los lobos, lo cual fue cierto. Tambien dicen que tan luego como les hubo enseñado el camino, desapareció, por lo cual se generalizó la especie de que habia sido un ángel, que se presentó disfrazado de pastor.

(2) Zurita, Argote de Molina, Lafuente y otros.



BATALLA DE MURET.

Riera Editor, Barcelona, Robadon 24 y 26.